

Discurso del Presidente de la República Sesión Solemne de la Asamblea Nacional de Uruguay
DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE, RICARDO LAGOS, EN LA SESIÓN SOLEMNE DEL PARLAMENTO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

MONTEVIDEO, 2 de noviembre de 2000

Volver al Uruguay es llegar a un país amigo, un país de amigos.

Vine a Montevideo en enero del 59, a un curso internacional organizado por nuestras universidades. Vine al Uruguay de honda tradición cultural y democrática, al de Juana de Ibarbourou, al de ese teatro de excepción, a ese país lejano desde Suecia admirado por Bergman, cuando se le pregunta "qué país quiere conocer", y él dice "Uruguay". "¿Y por qué?". "Porque es el único país del mundo donde mis películas son un gran éxito de taquilla". El Uruguay que era el epítome de la democracia, la democracia que por algunos ha sido llamado el principal invento del siglo XX, al Uruguay con los avances de la democracia social logrados a partir de Batlle y Ordóñez.

Vuelvo esta vez con el privilegio de estar ante este Parlamento, como recordaba el presidente del Senado, después de un período duro en nuestros países. Período, sin embargo, en el que reafirmamos nuestros principios y en el que revisamos la mejor manera de hacerlos realidad. Vuelvo, porque Chile y Uruguay necesitan actuar con reencontradas certezas en un mundo más difícil.

¡Tenemos mucho en común y mucho que aprender uno del otro! ¡Estamos tan cerca y hemos tenido convicciones, sufrimientos y alegrías parecidas! Por eso estamos aquí.

El pasado reciente

Llegó la democracia y nos encontramos llenos de preguntas, de respuestas a veces inciertas. Ayer sabíamos qué es lo que no queríamos y también sabíamos hacia dónde querían ir nuestros ciudadanos. ¿Cómo hacerlo?, ¿en qué orden?, ¿con qué plazos? Eran las preguntas de difícil respuesta.

Porque era el mundo, y no sólo América Latina, lo que había cambiado. Terminó la Guerra Fría. La creciente globalización obligó a alinear nuestros principales indicadores con los indicadores internacionales: las tasas de interés, los tipos de cambio, los niveles y estructuras arancelarias pasaron a depender más de la forma como nos insertamos en el mundo, que de nuestras dinámicas internas. Un mundo nuevo se abrió con el desarrollo tecnológico, especialmente en las comunicaciones; nuestros sistemas productivos tenían que ponerse al día.

Así, entonces, estamos hoy enfrentados al viejo tema de Isaías Berlin ¿Cómo unir lo positivo de nuestras democracias de antes, con lo positivo del proceso de apertura, eliminando lo negativo de ambos? La vuelta es tan imposible como un viaje por el tiempo y, por otra parte, los riesgos de elegir alternativas son altos, pero la inacción es imposible.

El progresismo del siglo XXI

Y es en esta tarea donde han estado nuestras democracias en América Latina. Los demócratas en América Latina hemos tenido éxitos y también hemos cometido errores que han debilitado a nuestras democracias renacientes. Errores por falta de acciones más decididas, por precauciones excesivas, por acomodos indebidos. Y por qué no decirlo aquí también, porque la sombra de la corrupción no ha estado ausente en algunos de nuestros países.

Pero había algo importante que sabíamos; que nuestras sociedades buscaban salidas nacionales a los problemas que teníamos. Que ya no era más aceptable dividir a nuestros ciudadanos en fracciones irreconciliables, porque al final todos perdemos.

Por supuesto, no es nuevo pensar en lo nacional, nuestros próceres lo hicieron y así lograron unidos darnos la independencia.

Conservan toda su validez las orientaciones de nuestros padres de la Patria. Como dice Artigas: El objeto y el fin del gobierno, será conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los pueblos y también promover la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable. Son las instrucciones que da en 1813, cuando se dirige a los diputados de la provincia Oriental.

Los objetivos no han cambiado, pero para alcanzarlos hoy se requieren nuevos medios. Hoy el nombre de lo nacional es la inclusión de todos en nuestra propia sociedad; no hay proyectos nacionales si no incluimos a todos y cada uno de nuestros ciudadanos; no hay progreso cuando el progreso deja atrás a unos y se avanza con otros; no hay avance tecnológico cuando la tecnología de punta está en un sector y no en el resto de nuestra economía. Es aquí donde la independencia al respecto tenemos que hacerla de cada uno de nuestros hijos.

De donde venimos

Por eso nos sentimos herederos de quienes con sus trabajos liberaron a nuestros países y de todos quienes los engrandecieron. Ser dignos de ellos no significa combatir a potencias colonizadoras, abolir la esclavitud, liberar el comercio, separar a la iglesia del Estado o establecer elecciones cada vez más libres y participativas. Es que porque esas tareas las cumplimos, podemos ahora mirar y otear el horizonte.

Ser dignos de ellos es hacer las tareas de hoy y también las de mañana. Como ellos, tenemos que elegir, tenemos que comprometernos con una sociedad mejor en nuestros países. Y como

ellos, tenemos que participar en esta sociedad internacional del mejor modo posible.

Ayer nuestra tarea era cómo construir nuestros países y nuestras sociedades. Y lo hicimos juntos unos a otros. Hoy nuestra tarea es cómo adentrarnos en un mundo global desde nuestra pequeña geografía y nuestro pequeño universo. Y eso requiere, igual que ayer, el atrevernos a caminar juntos.

Por qué estamos en la actividad pública

Por eso estamos en la actividad pública: para hacer una diferencia, para contribuir a que nuestros países sean mejores. No estamos aquí porque así lo indican las fuerzas del mercado o el statu quo. Estamos en la actividad pública porque creemos que podemos desde aquí modificar nuestra sociedad para mejor.

Queremos democracias transparentes y sistemas políticos que expresen a los ciudadanos y que no se sirvan de ellos para ambiciones personales de unos pocos.

Queremos que la sociedad exprese su agenda pública con toda libertad, que no haya tema que no pueda ser discutido abiertamente.

Queremos que el sistema democrático sea tal que los ciudadanos puedan votar por opciones de programa que sean consistentes, financiados y que tengan amplio apoyo político. El pueblo castiga la demagogia, el pueblo castiga el populismo infundado.

Y queremos que tengamos la capacidad de expresar los programas en políticas públicas, que integren bien lo social, lo político y lo técnico, y que sean aplicadas por el gobierno, los privados y la comunidad, cada uno con el aporte de lo suyo.

El debate contemporáneo se centra más en las políticas públicas que en los discursos generales, pero no es verdad que cada tema tenga una sola solución. Nuestras diferencias con los conservadores deben estar en la fortaleza de los valores en que se fundamentan nuestras políticas y en la calidad con que la sociedad y el gobierno las diseñan, gestionan y evalúan.

Mercado y sociedad

Digámoslo con claridad y en dos palabras. La ciudadanía quiere un país desarrollado, y sabe que hay distintas maneras de lograrlo, y que algunas de ellas tienen costos enormes para muchos.

Hoy, todas las posiciones políticas dan importancia al mercado, pero no todas plantean que la sociedad debe proteger a los débiles, por ejemplo. Hoy, todas las posiciones políticas entienden que tiene que haber equilibrio macroeconómico, que tiene que haber responsabilidad fiscal y que el manejo de una buena economía no es patrimonio de unos ni de otros. Es simplemente saber ordenar bien los asuntos de nuestra sociedad.

Pero también venimos ante ustedes con la certidumbre que queremos una sociedad donde la gente valga por lo que es y no por lo que tiene. Donde queremos también una certeza que las personas necesitan tanta libertad como la sociedad les pueda permitir. Que no hay mayor impulso de progreso y de liberación que el afán de mejorar la situación propia, familiar y de la comunidad. Tenemos que crear una sociedad donde queremos la certeza de la capacidad de emprender para ser más creativos.

Que nuestros hijos necesitan mayor igualdad de oportunidades, y que es nuestra obligación entregarles un mañana en el que puedan elegir más, elegir mejor que lo que hoy pueden elegir. Por eso la reforma educacional está en el centro de nuestras propuestas.

Que la sociedad requiere de valores, que a algunos se los dará la religión o sus

creencias, pero que a todos nos lo debe dar la moral, la ética y la solidaridad.

Que el tamaño relativo no es excusa o limitación. Excúsenme una reflexión al pasar. Hace tres mil años, en una pequeña comunidad en las costas del Mar Egeo, allí sirvió de cimiento a lo que después se desarrolló en la Grecia clásica, cuya luz nos guía todavía. Siglos después, un estado militar-campesino en la Italia central fue la base de lo que con el tiempo llegaría a ser el Imperio Romano. Aquí lo que ha habido son pequeñas comunidades que porque supieron organizarse y organizarse bien, fueron capaces, desde su pequeña ubicación geográfica, de salir a mirar y poner una impronta en el mundo.

Por eso estoy convencido que las mayores aventuras culturales de nuestros países todavía duermen, y de nosotros depende hacerla germinar.

Lo internacional no es sólo comercio

Pero ahora, esa aventura implica tener una inserción internacional distinta, que tiene que ser reflejo de cómo somos capaces de adoptar nuestra actitud al interior de nuestros países.

Como bien dijera Hobsbawm, comercio internacional ha habido durante siglos, no es nuevo; la globalización es otra cosa, porque es la simultaneidad con que se produce la transacción, la simultaneidad de la información y la simultaneidad en que se producen las comunicaciones es lo que hace de éste un fenómeno particular, netamente contemporáneo.

Pero es también en este ámbito donde la comunidad debe fijar las reglas. No puede haber una sociedad internacional en la que el mercado sea la única consideración, la única regla, porque en ese caso estaríamos reproduciendo lo que se da al interior de nuestros países.

Así como decimos que en nuestras sociedades tiene que haber una economía de mercado, pero no una sociedad de mercado, en el ámbito internacional las reglas propias del mercado tienen que ser seguidas de políticas públicas internacionales que ordenen la fuerza en su interior.

Globalización y políticas públicas

Mi país y mi gobierno, señor Presidente, han apostado por la globalización. Miramos con entusiasmo y optimismo este proceso que nos conduce a todos a ser parte de un mismo tiempo y del mismo espacio.

Sabemos que ésta es una revolución que abarca la economía, la tecnología, la política, la cultura, afecta la vida diaria de todos los habitantes del planeta. No tenemos miedo a esta gran transformación. La miramos con esperanza.

Chile, en poco más de diez años, hemos logrado duplicar el tamaño de la economía. Tenemos el doble de Producto Nacional que lo que teníamos hace 10 años. Reducimos drásticamente los niveles de pobreza, consolidamos nuestra democracia y se ha empezado a crear una cultura de respeto a los derechos humanos, basada en la promoción de la verdad y en la justicia.

Qué decirles, nos queda mucho camino por recorrer, pero estos logros han estado ligados a nuestra inserción internacional, tanto en el plano regional de América Latina como en el plano global. Hemos abierto nuestra economía, nuestras comunicaciones y nuestra cultura. Creemos que el caso de Chile confirma que la globalización es una fuente de oportunidades para nuestros países, especialmente en países pequeños y alejados de los flujos internacionales, como el nuestro, pero también implica la voluntad de ser y también implica tener que romper con determinados elementos del pasado.

Y también implica asumir responsabilidades. Nos hemos comprometido en las políticas de desarme; en las fuerzas de paz de Naciones Unidas; en el Tribunal Penal Internacional; en los estatutos regionales y universales para defender derechos humanos y la democracia; en la lucha contra el racismo, la xenofobia y otras formas de discriminación; en la protección del medio ambiente; en la lucha contra el narcotráfico y el crimen internacional organizado; en la promoción del libre comercio a todos los niveles. Chile ha estado y seguirá presente también en estos frentes, buscando contribuir a la generación de otros bienes públicos a nivel internacional.

Porque tenemos claro que así como es fuente de oportunidades, también la globalización puede originar agudas inequidades y graves riesgos. La crisis financiera internacional de los últimos años mostró cuán vulnerable son nuestras naciones ante eventos que nosotros no originamos y que no podemos controlar.

Y también hemos visto cómo en nombre de la globalización se destruyen culturas locales y entornos ecológicos. Y vemos con angustia cómo se siguen ampliando desigualdades, al punto que hoy nos parece que ellas son la principal amenaza a una sociedad mundial.

Todo esto nos obliga entonces a reflexionar sobre el curso que lleva la globalización y a tomar medidas necesarias para gobernar su rumbo.

La forma en que nuestros países participen en este proceso va a terminar los resultados de cada uno. Hay una tremenda responsabilidad para nuestros pueblos y para nuestros gobiernos. Así como no debemos sufrir las injusticias de andar en solitario o en silencio, tampoco debemos culpar a otros por lo que nosotros no seamos capaces de hacer.

La globalización no tendrá un rostro humano si no establecemos normas e instituciones globales capaces de regularla en sus distintos planos: financieros, tecnológicos, jurídicos, medioambientales o comerciales. Somos nosotros los que queremos participar en regular aquello. No quiero que sean las naciones más poderosas las que nos digan cuáles son los niveles en materia de protección social o protección medioambiental.

Excúsenme una reflexión personal. Chile tiene todavía bosque templado, nativo y original. Allá en el sur tenemos alerce milenario de 2, 3 y 4 mil años. El mismo bosque templado que desapareció en Europa en tiempos del Imperio Romano.

Porque nosotros queremos conservar ese bosque, nosotros queremos establecer esas normas y no que nos sean dictadas de fuera.

Pero para hacerlo un pequeño país, no lo puede hacer si no somos varios los que

hablamos por una sola voz.

Mercosur

Seamos claros. Mercosur es una instancia que nos apunta a eso, pero también seamos claros, el mundo avanza hacia un mundo con menores niveles arancelarios, pero qué duda cabe que podrán surgir aranceles verdes o aranceles sociales, como pretexto de la defensa de aquellos que quieren perseverar lo que tienen de una manera distinta.

Cómo entonces desde aquí enfrentamos ese mundo que emerge ante nuestros ojos y que nos obliga a actuar hoy.

Es en esta perspectiva que miramos Mercosur. No lo vemos como un instrumento simple de comercio, como un instrumento que se agota en la discusión de aranceles.

Lo vemos como un camino por el que nuestros países transiten hacia una globalización que sea ventajosa para nuestros pueblos. Lo vemos con ideas, con cultura, con apertura hacia otros acuerdos comerciales también. Vemos un Mercosur de nuestras universidades, de nuestro avance científico y tecnológico. No seremos nada si no tenemos capacidad de producir ciencia y tecnología también aquí en nuestros países.

Lo vemos con un futuro mejor que la defensa de nuestros actuales intereses. Lo vemos en la creación de nuevos y más vastos intereses regionales.

En eso pensamos cuando planteamos nuestro interés en profundizar los vínculos con Mercosur.

Como lo dije en una reunión similar a ésta en el Parlamento Argentino, Chile está disponible para pensar en Mercosur como un instrumento en grande. Reducirlo sólo a un debate de aranceles es empujarnos nuestros sueños, y para eso no estamos disponibles.

¿Por qué lo digo con tanta fuerza? Porque sé que comenzó como un esfuerzo de integración regional entre nosotros, pero tenemos niveles arancelarios distintos. Sabemos que en el largo plazo vamos a tender a coincidir. No se nos puede pedir que aumentemos los aranceles para bajarlos después de común acuerdo con el resto de los países de Mercosur.

Más importante, Chile tiene más del 50% de nuestro Producto vinculado a lo que ocurre fuera de nuestras fronteras. Exportaciones e importaciones en Chile son más del 50% del Producto.

Este año vamos a crecer un 5,6 ó un 5.8%. El dinamismo del crecimiento tiene que ver mucho más con el dinamismo de lo que ocurre fuera de nuestras fronteras, que lo que ocurre dentro de nuestras fronteras.

Entonces, la forma cómo nos insertemos en el mundo es esencial del punto de vista de este pequeño país.

Entonces, por eso hemos dicho que queremos empezar a converger en Mercosur para

poder seguir avanzando a través de una carta social que nos interprete a todos. No queremos un Mercosur donde nuestras capacidades de exportación se hace a expensas de lo que sean los niveles sociales de protección a nuestros trabajadores.

Queremos un Mercosur en donde podamos también definir ciertas convergencias de políticas macroeconómicas. Para ser muy directo y muy franco: aranceles comunes ¿qué significa?, cuando si producto de políticas macroeconómicas muy distintas, tenemos que devaluar 20, 30, 50 ó 70% nuestras monedas.

¿Qué significa tener aranceles comunes si no tenemos mecanismos e instituciones de solución de controversias que en todo proceso de integración existen.

Por eso hemos dicho: avanzar a Mercosur es, por supuesto, discusión arancelaria, pero también es tener instrumentos de solución de conflictos, y caray que es importante en países de distinto tamaño. Y también significa políticas de convergencia para poder tener un entendimiento básico desde el cual ampliar.

Esto me parece que es posible conseguir entre nosotros. Esto me parece que es esencial si queremos tener un desarrollo mancomunado de nuestros pueblos de América Latina. Una carta social, por ejemplo, que signifique también la posibilidad de terminar con fricciones comunes y pensar en el fortalecimiento de mecanismos de concertación política.

En otras palabras, porque Chile ha hecho un cierto avance es que ahora queremos seguir avanzando con los países hermanos de América Latina, les planteo con mucha claridad nuestros puntos de vista.

Un enfoque humanista

Amigos y amigas del Parlamento uruguayo:

En definitiva, todos aquí miramos al mundo desde la perspectiva de la persona. La persona humana es la razón, que es orden, que es búsqueda de la eficiencia y la eficacia. De la persona que también es sentimiento, pasión y sueños, y que sabe que debe y puede armonizar estas características.

Debemos combinar nuestro realismo con nuestra capacidad de soñar, basar nuestro pragmatismo en principios que puedan enunciarse a plena luz. De nosotros depende avanzar ahora en esta dirección.

Tengo la convicción muy profunda que, como dijera un autor, estamos hechos de la materia de nuestros sueños. Y si como países no soñamos, no habrá lugar para nosotros en la historia grande.

Cuando miro hacia atrás en nuestra historia, en el pasado soñamos juntos que podíamos emanciparnos de la España a comienzos del XIX. Soñamos juntos que podíamos construir nuestras sociedades a partir de la razón y el derecho. Soñamos juntos, como ustedes lo hicieron, a ejemplo de América, en cómo consolidar y profundizar democracia con una estructura de protección social a sus ciudadanos.

Es que ahora entramos a una etapa distinta, más compleja y más difícil. Cómo soñamos juntos ante un mundo que se va a hacer más universal, más planetario, países como los nuestros, que tienen una unidad geográfica menor, pero que tienen una decisión de soñar en grande y jugar en este planeta global en el cual vamos a vivir.

Esa es la razón por la cual he dicho que tenemos que hablar con una sola voz. Lo que nos depara el horizonte, qué duda cabe, son espacios mayores en los cuales vamos a competir, a trabajar y a soñar. Esos espacios mayores requieren regulación, regulación en beneficio de todos, no de algunos, no de los mayores. Esos espacios los vamos a conseguir si hablamos en el mismo lenguaje que hablaron los próceres de la independencia. Ellos hablaron por una sola voz. A ratos las fronteras eran difusas. Por eso hubo uruguayos en la expedición libertadora que salió de Argentina y que determinó la libertad de Chile. Hubo una forma de entender que para ese desafío se requerían las manos conjuntas. Intuyo que ahora tenemos un desafío similar y tenemos que mirar hacia atrás, a lo que hicieron nuestros padres de la Patria, para atrevernos a pensar en grande y estar a la altura del desafío de nuestras sociedades.

Efectivamente tuvimos momentos de tristeza cuando la libertad se fue. Porque la libertad la recuperamos, ahora en libertad tenemos derecho a plantear un sueño común a nuestros ciudadanos. Por eso estoy aquí hoy hablándole a los hermanos de este Parlamento uruguayo.

Muchas gracias.